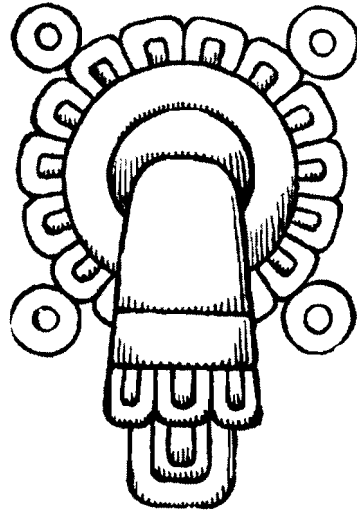


JOSE GARCIA PAYON

Manera de Disponer de los Muertos
Entre los Matlatzincas del
Valle de Toluca

(SOBRETIRO DEL TOMO V, NUM. 1
DE LA
REVISTA MEXICANA DE ESTUDIOS HISTORICOS)



México
1941

MANERA DE DISPONER DE LOS MUERTOS ENTRE LOS MATLATZINCAS DEL VALLE DE TOLUCA.*

Por José GARCIA PAYON.

AUNQUE de sobra es sabido que el método de disponer de los muertos ha sido el de formarles una sepultura, no podemos sostener esta teoría en lo que concierne a los matlatzincas, ni tampoco negar que lo practicaron, por no haber podido comprobar que ésta fuese una de las costumbres de este pueblo, por haber limitado nuestra investigación a la zona arqueológica de Tecaxic-Calixtlahuaca, en donde los restos humanos encontrados se hallan exclusivamente en entierros secundarios.

Refiriéndonos a la cremación, aunque hayamos encontrado bastantes casos de ellas, dada la numerosa población que vivió en el lugar en épocas prehispánicas, no parece que este pueblo la practicara extensamente, y esto sólo desde la tercera época. Sabemos que este sistema era practicado por los aztecas, otomíes y tarascos, y como entre los matlatzincas, todos ellos practicaban este método esporádicamente.

Aunque el número de entierros que hemos encontrado es más bien escaso, si se compara con la densidad de la población que debió existir en épocas pretéritas, consideramos éste suficiente para darnos una idea sobre la manera de disponer de los muertos entre los pueblos matlatzincas. Pero antes de estudiar este sistema, haremos una breve descripción de los entierros

* Conferencia sustentada ante la Sociedad Mexicana de Antropología el 5 de octubre de 1939.

MANERA DE DISPONER DE LOS MUERTOS MATLATZINCAS

encontrados en la zona, para presentar este problema tal y como se nos presenta a la vista.

1°—Durante la exploración del montículo número 4 (véase fig. N° 1) fué hallada en el núcleo y en un lugar correspondiente al tercer peldaño de la escalinata de la pirámide, una olla con asa en forma de canasta (véase fig. 17) perteneciente al tipo 3 D, que contenía ceniza y restos óseos quemados, de persona adulta, sin ninguna ofrenda.

2°—En la exploración de la terraza del montículo número 3, o templo de Quetzalcoatl (fig. 2) se halló el entierro número 1, (véase fig. 6) que se encontraba dentro de los escombros provenientes de la tercera época del mismo edificio, que estaban formados de restos de estucos, cascajos, piedras y tierra. En este entierro hallamos encima del cráneo un cajete azteca del tipo 4 (negro sobre naranja); una olla (véase fig. 15), un cajete trí-pode (véase fig. 20), otro de loza negra (véase fig. 19), y dos del tipo 4 E. policromados. También junto a los restos óseos fué hallado un bezote (*Nitepuenana*) de "ocotzotl" (liquidámbar) artificialmente colorado (véase fig. 13) que es probable, originalmente se hallara colgado de los dos incisivos superiores del cráneo que allí habíamos encontrado (véase fig. 4 a y b). Más adelante, en esta misma exploración hallamos otro entierro semejante, que no tenía ningún objeto cultural, pero digno es de mencionarse que estos dos entierros tenían un crecido número de fémures, tibias y húmeros, casi todos ellos con ranuras.

3°—Frente a la plataforma y escalera del monumento número 3, se hicieron unas excavaciones en busca de materiales arqueológicos (fig. 9), dando por resultado haber hallado la superposición de dos pisos enlozados: entre el primero y segundo se encontraron diecisiete ollas y cajetes conteniendo restos cremados, siendo digna de mencionarse la pieza representada en la fig. 18 y otras formas como ollas (véase fig. 14), sobresaliendo piezas de los tipos 3 A; 3 B; 4 A; 4 C; 4 D y Techialoyan (véase fig. 22) y la figura 12 que es una flauta y fué encontrada quemada dentro de la vasija de la figura 18. Debajo del segundo piso se encontraron doce entierros en mal estado de conservación los que, como en el segundo caso, contenían un número mu-

cho menor de cráneos, que el de fémures, húmeros y tibias, de los que un 81% se encontraban con ranuras.

4°—En la excavación del monumento 5, (véase fig. 3) dentro del relleno de piedras sueltas y sin tierra, que separaba la segunda de la tercera épocas, se encontró un depósito de huesos sin acomodamiento; todos ellos se hallaban a la misma altura pero distribuidos en una extensión de dos metros; encontramos un solo cráneo (fig. 5 a y b), 23 tibias, 19 húmeros y 25 fémures, de los cuales 21 de los primeros, 14 de los segundos y 19 de los terceros tenían ranuras. En este entierro (fig. 7) se encontraron también 37 costillas y ninguna tenía estriaciones.



Fig. 6.—Entierro 1. Templo de Quetzalcoatl.

5°—Habiéndose hecho una cala en la parte superior del monumento número 5, debajo de los pisos que pertenecen a la tercera, segunda y primera épocas, sucesivamente, y en medio de un verdadero lodazal formado de piedra y barro, hallamos dos entierros de cremación en cerámicas representados en la figura 16 (Tipo 2 B). Cabe mencionar que el piso de la tercera época está formado de dos pisos superpuestos, hechos de una capa de piedra pómez prensada sobre la que se agregó una ligera capa de cemento indígena. El piso de la segunda está estucado y des-

cansa sobre el de la primera época, el cual estaba en parte compuesto de tepetate apisonado y lajas. En estos entierros que se hallaban en el núcleo de la primera época, encontramos alrededor de las ollas conteniendo las cenizas y osamentas quemadas, unas piezas arqueológicas muy interesantes que ya describimos en otro trabajo, y con ellas tres piezas de cerámica del tipo "Spinner leg" y una del tipo "Techialoyan".

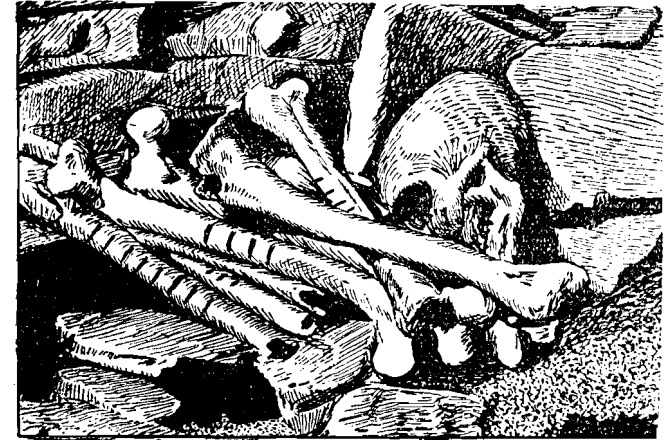


Fig. 7.—Entierro en el Monumento N° 5.

6°—Frente a los monumentos 5 y 6 se encuentra una plazuela con una ligera hondonada artificial que fué más tarde rellenada y enlozada, pero que desde el período comprendido entre la 2ª y 3ª época fué aprovechada para entierro (fig. 10). En este sitio fueron encontrados treinta y siete entierros secundarios con materiales culturales correspondientes a la segunda y tercera épocas, y como en los otros casos, los restos óseos correspondían a mayor número de cráneos que los que allí se encontraban, y un 73% de los fémures, tibias y húmeros se encontraban con sus consabidas estriaciones. Durante estos trabajos en los que sólo pudimos salvar un cráneo (véase fig. 8) tratamos de averiguar si existía cierta preponderancia de tibias sobre fémures o húmeros, o viceversa, pero no obtuvimos ningún

resultado, sino que corroboramos que el número de vértebras y costillas tampoco correspondía al de los cráneos.

7°—Para la conservación del monumento número 4 se hicieron unas trincheras al este y sureste del mismo, con objeto de recoger las aguas que bajan del cerro en épocas de lluvias. Durante la segunda temporada de lluvias, las erosiones cavaron en ellas, destruyendo las bases de la terraza, hasta alcanzar el tepetate; dando por resultado que fueron descubiertos otros entierros con restos culturales pertenecientes a la primera época, principalmente tipos 1 A, y negativo 1 C.

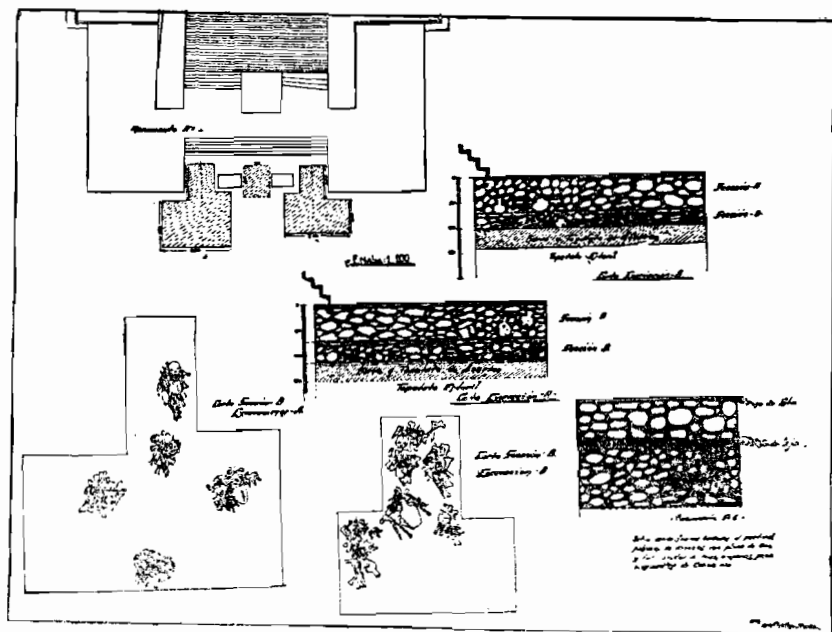


Fig. 9.—Esquema de las excavaciones practicadas frente al montículo N° 3.

En éstos como en los anteriores hallamos la mayoría de los fémures con sus estriaciones, pero todos los restos óseos en tal estado de descomposición, que no pudo comprobarse si éstos correspondían a los cráneos que allí se encontraban. En lo general, estos entierros eran semejantes a los anteriores mencionados.

Con excepción de los entierros 1 y 2, que fueron hallados en especiales rellenos, todos los demás estaban colocados en terrenos sedimentarios; algunos en sitios en donde el subsuelo impermeable formaba hondonadas, con estancamiento de agua, dando por resultado que en algunos casos hallamos un conglomerado de lodo pastoso que dificultó grandemente la limpia de los objetos culturales (véase Fig. 8); por ejemplo en la plazoleta de los monumentos 5 y 6, además de la hondonada y natural estancamiento, hallamos que la superficie de la capa de tierra que recubría estos entierros que era solamente de 70 a 90 centímetros, fué utilizada desde hace mucho tiempo para encerrar ganado, lo que contribuyó a la descomposición de los restos óseos, y las sales causaron reacciones químicas que destruyeron en gran parte el decorado de las cerámicas.

Recapitulando, sobresale el hecho, que en todos los períodos de la evolución histórica de este pueblo, en la zona de Tecaxic-Calixtlahuaca, todas las sepulturas encontradas fueron secundarias: sea que fuesen simples entierros de osamentas o en piezas de cerámica conteniendo los restos cremados de sus deudos.

Por el primer método se desprende que los matlazincas tuvieron la costumbre, también practicada por otras tribus americanas, de hacer doble sepelio a sus muertos: el primero temporal que podían hacer al aire libre, en una casa o cueva, colocando el cadáver (Huethuhui), sobre una camilla o plataforma levantada sobre postes hasta que el esqueleto quedase libre de carne, entonces lo removían y enterraban definitivamente con los objetos del difunto.

A este propósito cabe mencionar lo que nos dice el Códice Telleriano Remensis en el folio segundo, que viene a aclarar este hecho. "La manera de enterrar los muertos, dice, era toda a nuestro modo, los pies del difunto hacia el Oriente y después que estaban comidos los cuerpos (esto es, carcomido) sacaban los huesos de la sepultura y echávanlos en unos osarios que tenían hechos de argamasa en los patios de sus templos..."

Aunque aquí el comentador agrega que se refiere a los mixtecos y a los zapotecas, no deja de llamarnos la atención esta costumbre que puede también aplicarse al sistema matlatzinca. En este mismo Códice hallamos la noticia que los otomíes y

chichimecas, pueblos que considera como "los más antiguos que poblaron esta tierra", tenían la costumbre de quemar los huesos de sus muertos, esto es, de practicar la cremación. Entre los matlatzincas como vimos, esta costumbre no aparece en la primera y segunda épocas, pero se iba intensificando, utilizando este sistema con mayor frecuencia desde la tercera época, como lo demuestran las excavaciones del patio del templo de Quetzalcoatl bajo cuyo primer piso, o sea el más antiguo, sólo se encontraron entierros de osamenta, mientras que debajo del segundo se hallaron los de cremación.

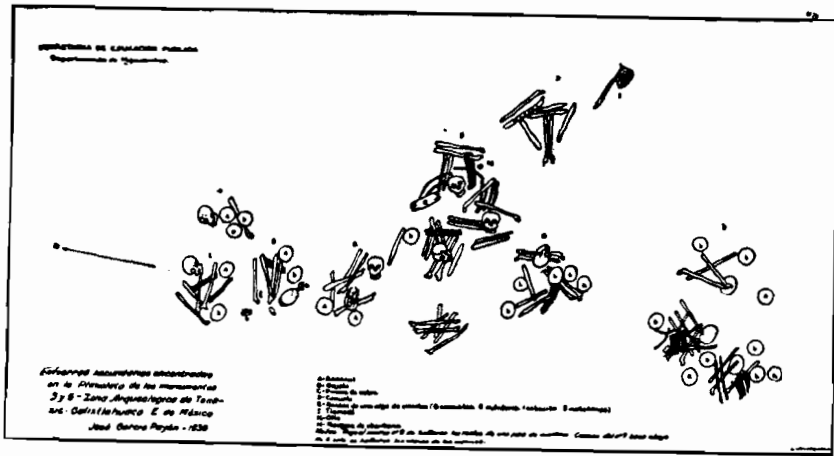


Fig. 10.—Entierros en la plazuela frente a los monumentos 5 y 6.

Refiriéndonos al entierro de cremación encontrado debajo del tercer escalón del monumento 4, suponemos que éste representaba el corazón, esto es, el alma de dicha estructura. En efecto, en la colección de manuscritos mexicanos de la "Bibliothèque Nationale de Paris", el número 35, que es la "Historia de la Nación Mexicana del año de 1576", se nos da a entender que los mexicanos tenían la costumbre de enterrar un ser vivo o su corazón en el cimiento de una nueva construcción: *can yotolta in ihitic contlallique in intlalmomoz quillolotique intlacatecatl in itoca chichilquahuitl in Colhuacan tlacatecatl*, cuya traducción dice: "Ellos colocaron vivo al cacique Chichilquahuitl, el

cacique de Culhuacán en el interior de su (recién construída) pirámide de tierra, lo convirtieron en el corazón de esta pirámide".



Fig. 11.—Hueso humano con ranuras.

Ahora, en cuanto a los casos de cremación, tenemos la opinión que hallamos confirmada en el Códice Telleriano Remensis, que ésta se llevaba a cabo, sencillamente "quemando los huesos" y no el cadáver, pues éste, primeramente recibía su sepelio primario, y después, limpios los huesos de la carne, eran quemados, agregándoles, unas veces, los objetos del difunto, que en este caso eran destruídos.

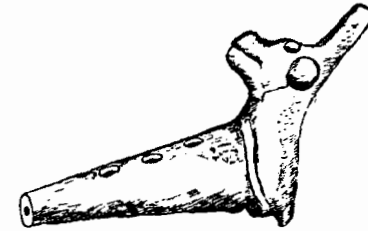


Fig. 12.—Flauta encontrada dentro de la vasija Fig. 18.



Fig. 13.—Bezote de liquidámbar. Entierro 1. Montículo N° 3.

Los restos óseos de los entierros secundarios, como puede verse por los pocos que reproducimos en los planos, eran colocados en las sepulturas sin ningún arreglo preconcebido; tampoco existe evidencia alguna de orientación o especial posición de ciertos huesos con los objetos, existiendo solamente cierta preponderancia de que el cráneo se hallara cubierto, o descansando en un cajete tripode.

En estos entierros, desde luego llama la atención la super-



Fig.- 14



Fig.- 15



Fig.- 16



Fig.- 17

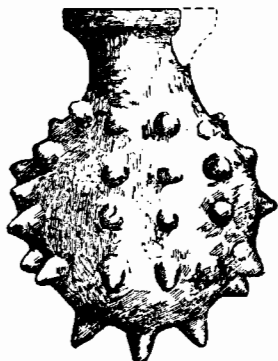


Fig.- 18



Fig.- 19

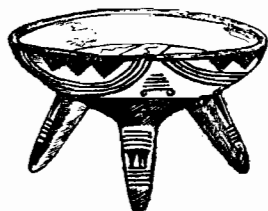


Fig.- 20

Figs. 14 a 20.—Cerámica procedente del frente del montículo 3, figs. 14 y 18.—Cerámica del entierro 1, montículo 3, figs. 15, 19 y 20.—Cerámica del monumento 5, tipo 2 B, fig. 16.—Cerámica del montículo 4, tipo 3 D, fig. 17.

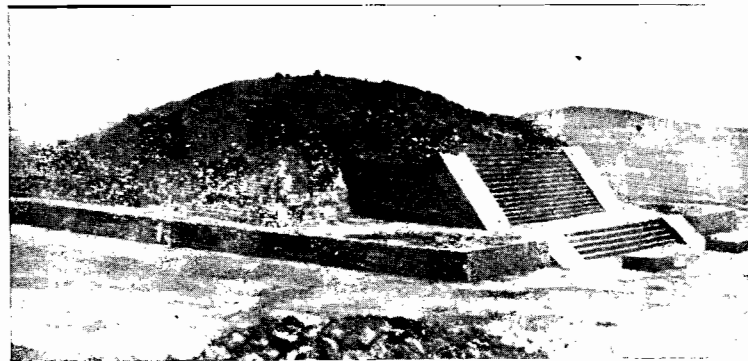


Fig. 1.—Montículo 4. Tecaxic-Calixtlahuaca, Edo. de México.



Fig. 2.—Templo de Quetzalcóatl. Montículo 3.



Fig. 3.—Monumento N° 5.



Fig. 4.—Entierro 1. Montículo 3.



Fig. 5.—Cráneo del entierro en el monumento 5.



Fig. 8.—Entierro frente a los monumentos 5 y 6.

MANERA DE DISPONER DE LOS MUERTOS MATLATZINCAS

abundancia de fémures, tibias y húmeros en relación con los cráneos o la falta de éstos, y el hecho que la mayoría de los primeros lleven incisiones transversales cuyo número no es inferior a cuatro ni superior a nueve.

Si a esto agregamos que en los estudios estratigráficos que hicimos al Noreste, al pie de las terrazas de los monumentos números 1 y 6 encontramos abundantes restos de cráneos de personas adultas, que alcanzaron los números 259 en el primer caso y 301 en el segundo; todos ellos encontrados en capas bien definidas de basuras selladas por capas de cenizas, demostrando con esto que no estuvieron sujetos a ningún movimiento, el problema sobre la manera de cómo este pueblo disponía de sus muertos se complica de tal modo, que bien pudiera quedar por algún tiempo sin explicación; sin embargo, en vista de la materia, pasaremos a estudiarlo más detenidamente para tratar de encontrar los fundamentos.

Uno de los hechos más curiosos es la abundancia de los huesos con ranuras, de los cuales hallamos 361, divididos en 134 fémures, 111 húmeros y 126 tibias. Todos ellos, aún los que estaban en estado de descomposición, nos comprobaron que las estriaciones se hallaban en perfecta condición por aparecer como recientes, demostrando con ello como por lo angosto de las mismas (dos milímetros como máximo), que dichos huesos no habían sido usados como *Omitzicahuaztle* (nombre con que se ha acostumbrado designar estos artefactos, véase Fig. 11), y que por lo tanto, estas ranuras fueron hechas expresamente para cumplir con una costumbre que se repetía en cada entierro. Pero hay más que esto, el hecho de encontrar un gran número de estos huesos, y que no hallamos un solo entierro en donde no estuvieran en mayoría, y que estos fueron esgrafiados por distintos individuos, con diferentes clases de instrumentos, nos demuestra que existía una costumbre básica, y que allí nos hallamos frente a un serio propósito mágico de cierta naturaleza social por haber hallado entre los huesos algunos que, por su tamaño, indudablemente fueron de mujeres.

Entre todos estos entierros, nunca hallamos uno en el que, con cierta seguridad pudiéramos atribuir los huesos esgrafiados al cráneo que allí se encontraba, por las razones que en todos

ellos existía un número mayor de osamenta que los correspondientes al o los cráneos.

Llama también la atención el cuidado que se tenía para marcar los huesos, con la indiferencia con que fueron enterrados, pues la única providencia que en algunos casos se tomaba era colocar el cajete trípode encima o debajo del cráneo. Cabe mencionar que Carl Lumholtz encontró en la región de Zacapú, Michoacán, un cráneo dentro de un cajete cuyo fondo contenía ceniza.

En general las ranuras ocupan el centro del hueso, pero en algunos casos se extienden hasta el menor trocater; tampoco existe uniformidad en arreglo, colocación y profundidad, y en el número de las ranuras, cuya mayoría es de 5 y 7.

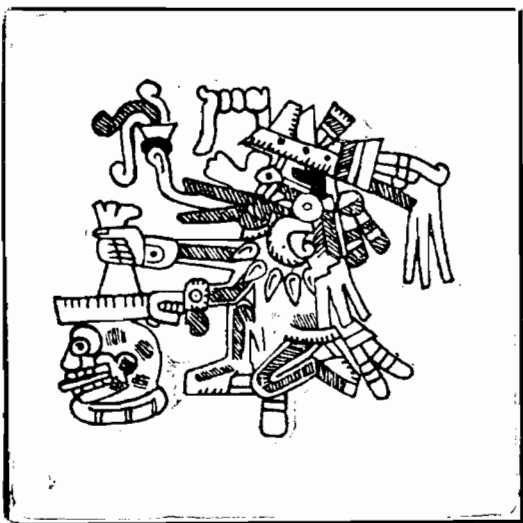


Fig. 21.—Quetzalcoatl. Codex Vindobonensis. Fol. 24.

Como vemos, todo este conjunto de datos revisten ciertos propósitos mágicos a nosotros desconocidos y que al tratar de interpretarlos nos llevan a emitir conjeturas e hipótesis que son necesarias si deseamos estudiarlos y compararlos con los mitos y leyendas conservadas en las tradiciones y códices, para hallar

de este modo de nuevo las fuentes naturales prehistóricas de la existencia humana.

Es posible que estos huesos rayados fueran de los enemigos que conservaran como amuletos o fetiches, y fueron enterrados con su dueño, esto es, con la persona que los había conseguido, pues para su poseedor tenían un poder mágico que le adjudicaban el poder del vencido, pero de mayor importancia para nosotros es la ceremonia fúnebre que nos proporciona el Códice de Viena o Vindobonensis en el folio 24 (Fig. 21) en que se representa a Ehecatl-Quetzalcoatl teniendo un homoplato en la mano izquierda y uno de estos huesos con ranuras en la derecha, raspando ambos sobre un cráneo. ¿Cuál sería el significado de este ritual?, no tenemos datos, y nuevamente hacemos uso de las hipótesis: ¿sería para espantar o matar al enemigo?, ¿oír la voz del muerto?...

Ahora, respecto al encuentro de estos trozos de cráneos en los estudios estratigráficos ¿a qué podemos atribuirlo?; no cabe duda que los cráneos completos sirvieron para algún objeto, y que rotos, habiendo perdido sus virtudes benéficas, fueron arrojados a la basura; esto nos lleva a preguntar: ¿profesaban los matlatzincas el culto de los muertos y por esto conservaban sus osamentas, especialmente los cráneos, hasta que se desmoronaban? Estos como se ve no está muy de acuerdo con el hecho que después los tiraran a la basura. ¿O más bien este culto era rendido solamente a ciertos muertos por el temor que inspiraban (por ejemplo los "shamanes" que en vida utilizaban la magia) y por consiguiente les temían mientras tanto sus cráneos estuvieran completos? ¿O bien estos cráneos sirvieron para adornar el "tzompantli" y estos trozos que encontramos, fueron los restos de los que una vez desmoronados arrojaban a la basura?

Como se ve, el asunto es complicado, sin embargo nos inclinamos a creer, vista la ideología de este pueblo, que entre los matlatzincas como entre los huicholes y otras tribus americanas, existía un culto a ciertos muertos que tenía por objeto principal, protegerse contra su regreso y por lo tanto también contra sus poderes maléficos, o bien que por medio de la conservación de estos cráneos de hombres que en vida fueron po-

derosos hechiceros trataban de conservar la fuerza vital y fuerza mágica de éstos en beneficio de la humanidad, esto es, para el grupo o clan a que pertenecía el difunto. Esto nos lleva a admitir que este modo de pensar que suponemos de este pueblo, se adapta a la idea muy desarrollada que tenían de la creencia en los hechizos.

No cabe duda que este culto se basa en la idea de que el cráneo conforme al principio de "pars pro toto" representa todo el hombre; en la cabeza se **corporaliza** algo vivificante, un principio espiritual aun cuando no es necesario pensar en un cuerpo y un espíritu claramente separados. Esta asociación de ideas en que descansaba este culto, era tanto más fuerte, cuanto más vivo era el recuerdo de la vida del individuo; borrado este último y desmoronada la cabeza perdía su valor mágico para la comunidad, esto es, era definitivamente muerto **ninthatha**.

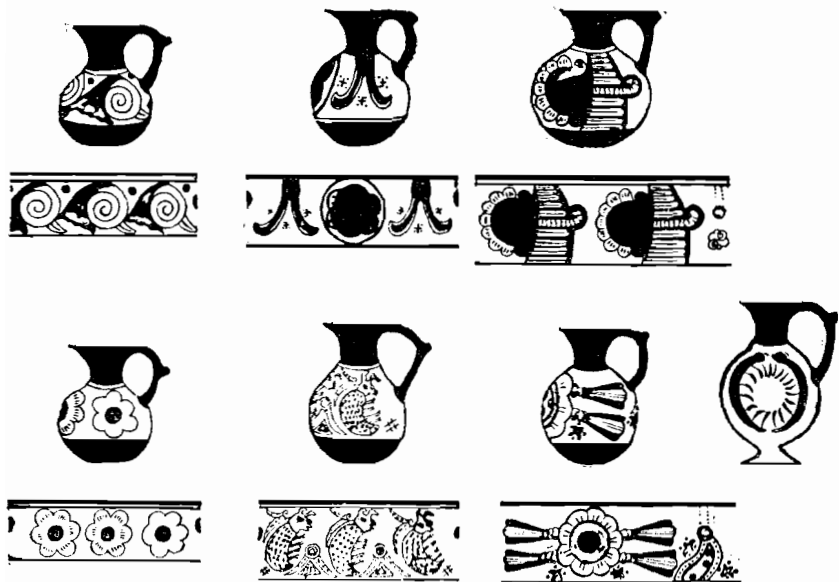


Fig. 22.—Cerámica tipo Techialoyan.

Para terminar, se ha dicho que de los métodos de sepelio se reflejan las opiniones sobre la muerte. Parece que era típico

de las culturas totémicas el llamado sepelio en plataformas, pero sucedía que en estas culturas después de reunir los huesos, éstos eran arrojados al agua o en tierra sin otra precaución o cuidado ulterior, de donde se presume que los pueblos que practicaban este método creían en una muerte definitiva; mientras que otros trituraban los huesos, de donde se revela la idea de una completa aniquilación. Este sepelio temporal en plataformas o casa, etc., ha sido interpretado de varias maneras: se ha dicho "que su propósito es facilitar al alma su ingreso en el séquito de las almas solares, es decir, su marcha tras el sol hacia una venturosa región allende la tierra", o bien en el hecho de sentir la necesidad de que la putrefacción se produzca en un lugar fuera del contacto directo con el suelo, para evitar a la tierra todo contacto con la muerte y librarla por lo tanto de su fuerza infecciosa e impura.

Pero en el estudio de la civilización que nos ocupa la osamenta si bien es verdad que no tenía ningún arreglo preconcebido, ésta era enterrada con los objetos del difunto, lo que nos demuestra que aquí existía otra idea fundamental, que probablemente no significa ofrenda o solícito cuidado al muerto, sino que se hacía así porque se creía que los bienes eran una misma cosa con el muerto (por esto en algunos pueblos al enterrar al muerto se destruían sus pertenencias que se enterraban con él), y el temor al contagio hacía que los supervivientes no pudiesen utilizarlos.

Por el hecho de haber encontrado en muchos de los entierros, no las pertenencias del difunto sino pequeñas reproducciones de éstas, se puede deducir que este pueblo profesaba ciertos conceptos anímicos en los que jugaba un papel importante la vida ulterior del hombre más allá de la muerte, pues creemos que estas miniaturas se entregaban al alma del difunto con el mismo objeto que los de su pertenencia. Este concepto anímico estaba muy desarrollado entre los pueblos nahua, pues las almas de sus difuntos, según la clase de muerte y jerarquía social, iban al **tlalocan**, **mictlán** o a morar en el sol, cuyos lugares corresponden en la civilización matlatzinca al **inhami muchhathi**; **pachoxemi**; e **inhiabi**, respectivamente.

Agregaremos que los pueblos matlatzincas practicaban el duelo **nitecathiyaa** del que no tenemos datos en qué consistía, si en ayunos y dejarse crecer el cabello sin peinarse ni lavarse por cierto período de tiempo como entre los aztecas; y los lugares en donde reconcentraban las osamentas de sus difutos recibía el nombre de **pychoritehaqui**, y es lógico suponer que como la mayoría de las tribus organizadas en clanes, cada uno de ellos tuviera su propio **pychoritehaqui**, que individualmente recibía el nombre de **pytehaqui**.